

encontraban los griegos de poner un límite á sus mortales luchas intestinas, y de constituirse en un todo fuerte, á costa de algunos sacrificios de su autonomía, debía parecerles beneficioso el que una potencia de una raza afín les ofreciese la paz y el lazo de una unidad política, dando nueva dirección á sus fuerzas. Macedonia no podía aparecerseles como enemiga, desde el momento en que se había helenizado de un modo muy notable bajo la dominación de Filippo, rey que puede muy bien considerarse como heleno. Él supo, mejor que los mas sabios de su dinastía, atraerse á los macedonios con su estricta observancia de los usos y costumbres del pueblo y de la nobleza, y calmar su ambición introduciendo la vida helénica en sus territorios; supo asimismo proteger los mejores elementos del helenismo y á los griegos mas famosos, y atraerse á Grecia con la amabilidad de su trato personal, cuyos atractivos eran casi para todos irresistibles.

VIII.—SITUACION DE LOS HELENOS. DEMÓSTENES

Esto no pudo, sin embargo, evitar que el movimiento histórico llevado á cabo se viese turbado por temibles luchas. La historia no nos ofrece ejemplo alguno de pueblos civilizados y universalmente famosos que hayan sufrido sin resistencia una gran reforma. Filippo podía esperar que se le sometieran voluntariamente las vecinas tribus de la Grecia septentrional, afines, por sus costumbres y por su idioma, á los macedonios, como eran los tesalios, los etolios y los molosos epirotas, de cuya casa real provenia su esposa, la hermosa princesa Olimpia. Como no quiso aparecer al Sur del Olimpo como simple conquistador, su hegemonía no inspiró temores á la vida constitucional de los griegos. Pero cuando descubrió mas á las claras su íntimo pensamiento, despertóse en los antiguos cantones del mundo heleno el orgulloso recuerdo de la perdida grandeza; y las últimas fuerzas de los helenos se alzaron, quizá demasiado tarde, para conseguir su objeto, y entablaron con él una lucha encarnizada. Poco despues pudo ver que los mas nobles y los mas elevados caracteres fueron los que organizaron la resistencia; cosa en alto grado natural, pues no solo estaba en ellos mas vivo el recuerdo del antiguo esplendor, sino que los helenos inteligentes y de elevado sentimiento difícilmente podían decidirse á someterse á la dirección de un Estado, que podía verse precipitado en un momento en la antigua anarquía por un puñal asesino. Por otra parte los mas nobles griegos debían verse desviados de la persona de Filippo por los rasgos que, aun á nosotros, nos impiden colocarle al nivel de las figuras ideales de los hombres de Estado de la antigua Grecia. La soberana indiferencia que mostraba Filippo hácia el valor moral de los medios que empleaba, curándose tan solo del éxito que prometían, su falacia, su hipocresía, y el sistema del soborno que tan buenos resultados producía en Grecia, son rasgos que caracterizan al rey macedónico. Otra cosa debía además disgustar en extremo á los griegos, y era que aquel rey, bajo ningún concepto cruel, no había titubeado ni un momento, cuando se trató de una razon de Estado, en arrojar del territorio de sus costas á un gran número de florecientes comunidades griegas; á lo cual debe añadirse que Filippo no pudo impedir que en el desarrollo de su política entrasen á su servicio todos los elementos que prescindían del patriotismo y podían muy bien ser tachados de traidores, ruines, impúdicos, cínicos, venales é infames. Prescindiendo de algunas ciudades y partidos que por razones de política cantonal se aliaron con él, pocos fueron los griegos que en los territorios al Este de Delfos y al Sur de las Termópilas se *filipizaron*.

Despues del año 352 los asuntos comenzaron á desarrollarse en un gran drama, y Filippo empezó á desempeñar un papel en

la importante historia de los griegos. La cruel y sangrienta lucha focense-beocia continuaba hacia muchos años sin resultado decisivo en las comarcas del Sur de las Termópilas, siendo de notar que cada vez se enconaba mas la crueldad de los partidos beligerantes. Aqueos, espartanos y algunos fugitivos fereos, á la muerte de Onomarco, habían engrosado el ejército de Failo y contenido los progresos de los beocios: muerto este general focense en 352, despues de la toma de la Narix opunciana, sucedióle en el mando, desde el verano del año 351, su sobrino Faleco, que prosiguió con alguna suerte la guerra hasta 347. Los contendientes asolaban cada cual por su lado la comarca: los recursos pecuniarios escaseaban hasta el punto de que los tebanos pidieron dinero á la corte de Susa. Era evidente que la sangrienta lucha encendida en la Grecia central había de terminar con la victoria de Filippo. Así las cosas, encendiéronse en el Peloponeso, casi al propio tiempo que se comenzaba la guerra focense, tenaces luchas que necesariamente habían de favorecer los planes políticos de Filippo. Era natural que Esparta, al frente de cuyo Estado se encontraba Arquidamas III, hijo de Agesilao, procurase con todas sus fuerzas romper la línea de fortalezas que la circundaba, con la cual Licomedes y Epaminondas habían tenido á la Laconia en constante bloqueo, y sobre todo destruir las ciudades de Megalópolis y de Mese-ne. En cuanto los tebanos se hubieron mezclado en la guerra focense, aprestóse Esparta á atacar dichas ciudades que solo podían esperar el auxilio de Argos y que solicitaron el apoyo de Atenas. Como esta prometiera en 355 á los mesenios su protección contra un ataque de Esparta, renunció Arquidamas á proseguir en su intento por este lado. Pero cuando Onomarco se encontró en el apogeo de su victoriosa carrera, es decir, en el año 353, creyeron los espartanos llegado el momento oportuno de inaugurar una completa restauración en el Peloponeso, resumiéndose sus planes en los tres siguientes puntos: vencer á los trifilios eleos, rechazar á los megalopolitanos hasta sus antiguas residencias diseminadas por la Arcadia, y captarse las simpatías de Atenas ayudándola á la reconquista de Oropos. Los atenienses dejaron que Esparta operase tranquilamente contra Megalópolis y Argos; pero la muerte de Onomarco, acaecida en 352, fué en extremo favorable para los tebanos, que organizaron, para auxiliar á Megalópolis, una expedición mandada por Cefision, con cuyo refuerzo los arcadios unitarios, los argivos, los mesenios y los sicioneos podían considerarse superiores á los espartanos, y estos se vieron obligados á firmar un armisticio con Megalópolis. Esta debía ser la última vez que la bandera tebana ondeara en el Peloponeso, cuya península no gozó, sin embargo, de tranquilidad, porque lo impidieron las luchas intestinas que se encendieron entre el partido espartano y el anti-laconio. Así vino á resultar que en los Estados de Mesenia, Megalópolis y Argos naciese aquella opinión que hizo de ellos los mas ardientes partidarios de la política macedónica.

El elemento preponderante en la historia griega de este período fué Filippo, en quien tenían incesantemente fijas sus miradas los griegos y los bárbaros que poblaban los territorios comprendidos entre el Epiro y la Iliria, y la Propóntide. Filippo, con algunos sacrificios y aprovechando la debilidad y falta de cohesión de sus adversarios, logró hacer de su reino el centro de todos los Estados de la península de los Balkanes. No sabía que en el entre tanto había aparecido en Atenas el excelente hombre de Estado, que capitaneaba el partido opuesto al sistema dominante de Eubolos, y que con una elevación de espíritu análoga á la de Pericles, con un profundo conocimiento de las necesidades y de la misión de los helenos, con su ardiente y apasionado patriotismo helénico y con sus

ideas acerca de la fuerza y de los medios con que contaba el rey macedónico, alimentaba el fuego de la convicción y poseía una elocuencia que con el tiempo había de hacerle el mas temible enemigo de los Aleuadas. Este hombre era el ateniense Demóstenes: algo mas entrado en años que su real adversario, nacido en 384 de una rica familia dedicada á la construcción de armas, huérfano de padre á los siete años, tuvo que pasar, como Filippo, una pesada y triste juventud. El juriconsulto Iseo, el mas conocedor del derecho privado ático entre todos sus contemporáneos, hizo de él un excelente juriconsulto. A costa de grandes esfuerzos y de mucha energía, pudo vencer sus defectos naturales y llegar á ser un verdadero orador. Desde muy jóven tuvo que luchar por el derecho y los intereses de su familia; despues, como juriconsulto, se educó en la práctica de la vida popular y jurídica. Instruido convenientemente por la experiencia, por el ejercicio de su profesión y por sus estudios históricos, retóricos y filosóficos, dotado de un carácter enérgico, de una extraordinaria pureza de costumbres, de una gran fuerza de voluntad y de profundos conocimientos, tal era Demóstenes cuando, en 354, comenzó á dedicarse á los públicos intereses de su Estado. Ya en los comienzos de su carrera política se distinguió por un golpe de vista claro y seguro, por un juicio recto y meditado, y por la atención con que miraba los intereses de Atenas. Poco á poco comenzó á levantar con creciente energía su voz contra los innumerables desórdenes de la vida del Estado ático y contra la política de Eubolos y de sus partidarios; pues no se le ocultaba que el rey Filippo, cuyos planes para dominar la Grecia solo encontraban oposición en dos Estados, Olinto y Atenas, se veía muy favorecido por la política de los atenienses.

En este sentido, muy paulatinamente se abrian paso las ideas de Demóstenes, que ya en la primavera de 351 había logrado, no sin muchos esfuerzos, llamar la atención del pueblo sobre el peligro que de parte de Filippo le amenazaba y sobre los medios que debían prepararse para la defensa. En el propio año procuró en vano que se atendiese á la petición de los demócratas rodios que desde la muerte del príncipe Mausolo solicitaban el auxilio de Atenas para librarse del yugo extranjero. Peor aspecto presentaron las cosas en 350; pues la protección que en febrero de aquel año prestaron los atenienses á su aliado el tirano Plutarco de Eretria contra el partido enemigo que solicitó el apoyo de Pella, fué causa de una derrota política de los atenienses, de la separación de Eubea de la alianza con Atenas (verano del año 350), y del ingreso de esta isla en la confederación macedónica. Fué en verdad deplorable que Eubolos y su partido abusasen de este episodio para proseguir en un sistema que había de suscitar despues grandes dificultades para un poderoso levantamiento militar de los atenienses: en efecto, Eubolos, que, como director de la hacienda del Estado, había conservado hasta entonces el favor del demos y que pudo ver nombrado á su cronista Afobeto para el cargo de tesorero mayor en las elecciones del año 350, no solo trabajó para que los administradores de la caja de las Teorías, á cuyo frente él se encontraba, tuviesen la alta inspección de la administración financiera en general, á fin de aprovechar todos los excedentes en pro de aquellas cajas de construcciones y de fiestas, sino que publicó la inaudita ley que castigaba con la muerte al autor de toda proposición que tendiese á invertir en gastos de guerra los fondos de la Teoría.

Esto era el colmo de la degradación voluntaria del orgulloso demos ático; pues muy pronto acontecieron nuevos y terribles sucesos, que hicieron salir de su apatía política á la mayor parte de la burguesía y contribuyeron poderosamente á la preponderancia de Demóstenes, que consiguió por lo menos

salvar la fama de los atenienses, haciéndoles desaparecer honrosamente de la escena de la historia.

IX.—GUERRA OLÍNTICA. DECADENCIA DE OLINTO

La mayoría de los ciudadanos de la orgullosa y fuerte ciudad de Olinto desde su alianza con Filippo, habían variado notablemente: á pesar de que una parte de la comunidad sentía fuertes simpatías por Filippo, hacíase cada vez mas claro el peligro de su situación en medio de los territorios de la gran potencia macedónica, cada vez mas poderosa. Cuando en el verano del año 352 hizo llegar Filippo sus avanzadas hasta el golfo Pegaseo, y los atenienses le cerraron el paso de las Termópilas, se apresuraron los olintios á firmar de nuevo con Atenas la paz y la amistad; y como habían convenido con el rey macedónico en que de ninguna manera entrarían con Atenas en tratos de paz separada é independiente de Macedonia, Filippo se encolerizó al tener noticia de la última alianza. Su venganza no se hizo esperar: en vista de que Olinto podía poner en pié de guerra 10,000 infantes y 1,000 caballos, dirigió la lucha con su acostumbrada táctica militar, al propio tiempo que con intrigas que puso en juego en las ciudades aliadas de la Calcidia. Por último, en la primera mitad del año 349 exigió de Olinto la extradición de un célebre fugitivo macedónico, para poder comenzar la guerra en caso de que los olintios, como era de esperar, se negasen á satisfacer su exigencia. Entonces se vió un deplorable espectáculo: Atenas se alió ciertamente con la amenazada ciudad; pero, por la molición en que se hallaban sumidos los ciudadanos á consecuencia del sistema de Eubolos, el auxilio que los atenienses prestaron fué débil é insuficiente, amén de que lo fueron facilitando poco á poco. Los magníficos discursos, que todavía hoy arrebatan á los lectores, y con los cuales Demóstenes, miembro ya de la Bula, procuró dar á conocer á los atenienses las ventajas, los peligros, y la tarea que su situación les imponía, y convencerles de la necesidad de que se dirigiesen con todas sus fuerzas contra Macedonia y se separasen del sistema político hasta entonces seguido, viéronse sólidamente apoyados por las grandes victorias que alcanzó Filippo en Calcidia, en 348, debidas mas al sistema del soborno, que á la fuerza de su espada. Cuando, por último, puso sitio á Olinto, los atenienses recobraron su vigor, pero la poderosa ciudad sitiada cayó en manos del rey (verano de 348), por la infame traición de sus propios generales, antes de que los socorros que por mar enviaban los atenienses hubieran podido vencer las dificultades que á su viaje opuso el viento contrario. Quizá el hecho mas indigno cometido por Filippo en sus conquistas, fué el de destruir á Olinto y 32 ciudades helénicas, una vez convertida la Calcidia en provincia de sus dominios.

La impresión que esta espantosa noticia produjo en Atenas fué tal, que el mismo Eubolos reunió momentáneamente sus fuerzas para dirigirse contra Macedonia, sin tratar por esto de atraerse la cooperación de Demóstenes. Su hechura era un hombre que muy pronto había de aparecer como el mas encarnizado enemigo del gran orador y esclarecido ciudadano, es á saber, Esquines, hermano mayor del tesorero Afobeto, nacido en 390, y cuyo padre había perecido durante la guerra peloponésica. Notable como escritor y como actor, activo, astuto y orador famoso, pudo ejercer gran influencia en el demos, por su atractiva dulzura, su melodiosa voz, su hábil exposición, su presencia de ánimo y su poderosa fantasía. Esquines era el fiel agente de Eubolos, y en unión de varios otros embajadores, recorrió en nombre de su Estado distintas comarcas de Grecia en busca de aliados para Atenas contra Filippo. Su viaje no dió grandes resultados, pero

en cambio poco despues de su regreso se convirtió en acérrimo partidario de la política macedónica.

X.—PAZ DE FILOCRADES. RUINA DE LOS FOCENSES. PODER DE FILIPO

Filipo tenía poderosos motivos para firmar la paz con Atenas, y al saberlo los atenienses, no se opusieron á ella, ni aun el mismo Demóstenes, bien que á este le guiaba el intento de utilizar en provecho de Atenas un período de fuerte cohesión á fin de hacer los preparativos militares y diplomáticos, para librar una batalla decisiva. Para entablar las negociaciones se nombraron, á propuesta de Filocrates, once individuos, entre los cuales se contaban él, Esquines y Demóstenes, que se dirigieron á Pella, en febrero de 346, para firmar con Filippo un arreglo que posteriormente había de ser una gran humillación para los atenienses, y un perjuicio para los ulteriores planes del rey de Macedonia.

La acogida que Filippo dispensó á los comisionados áticos fué brillante y al parecer benévola; pero desgraciadamente solo quiso aceptar como base de las negociaciones de paz la conservación de lo que cada cual poseía, y esto no reportaba ventaja alguna á los atenienses. El rey supo, además, atraerse de tal manera á Esquines, que á partir de este punto, comenzó á obrar como ardiente partidario de Filippo. Este elocuente orador representaba en Atenas y en Grecia una ramificación de adictos al partido de Macedonia, de la cual existían pocos ejemplos en los tiempos antiguos, aunque en los modernos, en circunstancias análogas, son mucho mas frecuentes. El tipo comun del traidor griego no daba importancia alguna á la honra personal, antes bien vendía su patria, su saber y sus servicios por dinero contante y sonante, al rey de Pella. Esquines no quería ciertamente ser traidor, sino que regresó de Pella conquistado y preso en las mallas de los atractivos personales de la irresistible amabilidad del destructor de Olinto y convencido de que era imposible é insensato, bajo el punto de vista político, querer oponer resistencia al invencible Filippo. Esquines continuó siendo sin escrúpulo instrumento de la política griega de Filippo, aun despues de ver claramente que el rey de Macedonia no desdenaba la astucia ni el engaño para destruir los últimos restos del poderío de Atenas.

Filipo había persuadido á todos los embajadores que habían sido enviados á Pella, incluso á Demóstenes, que debían firmar con él una paz honrosa: cuando llegó á Atenas una embajada macedónica, en la cual figuraban Antipatro y Parmenion, reunióse la asamblea general y hubo reñidos debates en las sesiones que celebró en los días 15 y 16 de abril. Las proposiciones de paz que hacía Filippo eran muy desfavorables para Atenas: la admision del *status quo* significaba para los atenienses la imposibilidad de rehacerse de las pérdidas sufridas en el espacio de 11 años, y el restablecimiento de la libertad del tráfico tenía importancia suma para los armadores macedónicos que hasta entonces se habían visto siempre amenazados por la escuadra ática. En el entretanto, nada había variado el estado de cosas. Demóstenes procuró modificar la forma de la proposición de paz que Filocrates, adicto á Filippo y comisionado secreto de este, ofrecía al pueblo, y suprimir la cláusula en la cual se excluía á los focenses del número de los aliados. Fundábase para ello en una decision del Sinedrion de la liga de las islas, que autorizaba á Atenas á pactar en nombre de dichos aliados con Filippo, teniendo, sin embargo, en cuenta la meditada consideracion de que «se fijaría un plazo de tres meses, durante el cual podrían adherirse libremente á la paz todas las demás ciudades helénicas.» Con la admision de esta cláusula Filippo se hubiera visto obligado á desistir de sus proyectos de intervencion en los distritos de la Grecia central, y en cambio Atenas hubiera

podido convertirse rápidamente en el centro de un grupo notable de Estados griegos. Los esfuerzos del gran orador parecía que habían de obtener buen éxito; pero los embajadores macedónicos declararon que no podían aceptar en modo alguno esta cláusula. La presion ejercida por Esquines, que operaba entonces su conversion, y por Eubolos, hizo que el pueblo consintiera en todo, satisfecho con la fútil concesion de que no se consignaría expresamente en el tratado la exclusion de los focenses.

La páfida astucia del rey Filippo había conseguido su intento á medias; pero había de obtener algo mas todavía. El *status quo* debía estar garantizado por ambas partes desde el día en que Filippo y los embajadores áticos hubiesen jurado la paz; por lo cual el rey macedónico se apresuró á conquistar primero cuantos territorios pudo, extendiendo sus dominios hasta Cardia, á costa de Quersoblebes, y aproximándose hasta las posesiones áticas del Quersoneso, en donde el general Cares había reconquistado desde 353 la poderosa Sestos. Entre tanto los emisarios áticos, entre los cuales se contaba Demóstenes que era el único que obraba de buena fe, perdian, á pesar de las instancias de este, y en connivencia con el macedonio, un tiempo precioso, hasta que por fin se encontraron en Pella con Filippo, cuando regresaba en 17 de junio del año 346 á su patria, despues de haber sometido á su patronato al tracio Quersoblebes. A pesar de que se veía claramente que Filippo solo quería tomarse un corto descanso para proseguir luego la lucha decisiva con la Fócide, los traidores compañeros de Esquines por este dirigidos, secundaron los planes del rey, á pesar de las reclamaciones de Demóstenes, hasta que Filippo llegó con su ejército para ratificar el tratado, á Fere, en donde, prescindiéndose de cuanto podía asegurar la tranquilidad de la Fócide, juraron todos la paz, incluso los tesalios, aliados de los focenses.

En 7 de julio del año 346 regresaron los embajadores á Atenas. Entre tanto se iba aproximándose la catástrofe focense. Los focenses, á pesar de que estaban ya cansados de la guerra, del despotismo de Faleco y de las repugnantes hordas de mercenarios, calamidades que de ningún modo querían abandonarles, habían conseguido derrotar á los tebanos y conservar las Termópilas. Tebas se había decidido por fin á solicitar el auxilio de Filippo. Mientras los embajadores áticos permanecían en Pella y el insensato Esquines procuraba incitar al rey contra Tebas, Filippo había firmado una alianza secreta con unos emisarios beocios. Cuando estuvieron prontos todos los preparativos militares, y la embajada ática hubo regresado á Atenas, exigió Filippo oficialmente á los atenienses que le ayudasen en la empresa que intentaba para arreglar las cosas de la Anficionía de Delfos, es decir, que abandonasen por completo á su destino á los focenses. Los atenienses estaban en la creencia, páfidamente alimentada por Esquines, de que el rey macedónico se dirigía contra los odiados tebanos y no contra los focenses. Viéndose aislado el infame Faleco, cuya brutal ambicion había poco antes impedido que los atenienses y los espartanos tomasen parte en la defensa de las Termópilas, despues de haber invertido en los sueldos de los mercenarios los 10,000 talentos (235.500,000 reales) del tesoro del templo, vendió su pueblo á Filippo, capitulando con este en 17 de julio y abandonando la Grecia con sus 8,000 hombres. Las Termópilas quedaron, pues, en poder del ejército macedónico, cuyas falanges y cuya caballería, junto con los hoplites beocios, se precipitaron sobre la desgraciada Fócide.

Las antiguas formas de Delfos fueron restablecidas y los Anficiones se vieron de nuevo llamados á ejercer sus funciones. Los focenses fueron expulsados de la Anficionía, su doble voto pasó al rey Filippo, se excluyó de ella á los espartanos

y corintios que se habían comprometido por sus relaciones con la Fócide, y no se convocó á los atenienses porque no habían contribuido á la última derrota de los focenses. En aquella ocasion pudo apreciar Filippo el ciego furor de los oeteos que querían que fuesen asesinados todos los focenses aptos para tomar las armas. Pero el rey se contentó con derribar los muros de 22 ciudades, con que las poblaciones se diseminaron en pequeñas aldeas, fueran completamente desarmadas y pagaran una fuerte multa, hasta que se restituyesen por este medio los tesoros que habían sido robados de Delfos.

A mediados de agosto pudo presentarse Filippo, como presidente de las fiestas pitias, en todo el esplendor de su victoria, no perdonando ninguna humillación á los atenienses, que con razon estaban muy irritados por la catástrofe de la Fócide y por la instalacion del nuevo órden de cosas en Delfos. Filippo exigió el reconocimiento de la nueva anficionía: una protesta de los atenienses hubiera atraído contra el Atica una campaña de venganza anficionía, en la cual hubieran tomado parte todos los pueblos que se extendían desde el Estrimon hasta el Parnaso. Demóstenes consiguió esta vez que sus humillados conciudadanos evitasen la guerra á toda costa y no se negasen á prestar el reconocimiento que se les exigía.

Filipo regresó durante el otoño de 346 á su patria cubierto de gloria, pudiendo con razon considerarse entonces como el señor de toda la Grecia. Sin embargo, todavía le quedaba mucho que hacer para enredar entre sus mallas, de un modo lento pero seguro, á los atenienses y á los espartanos. No se le ocultaba que las humillaciones del año 346 harían despertar al demos ático de la apatía en que se veía sumido, siendo posible que Demóstenes, no dejándose ya engañar ni por Filippo ni por Esquines, llegase á ser el jefe de un partido altamente patriótico.

Esos temores carecían por completo de fundamento, pues Demóstenes no pensaba absolutamente en turbar la paz; para ello debía procurar antes reorganizar su Estado, tan castigado por once años de guerra, y reunir nuevas fuerzas. El comercio al por mayor, el tráfico y la industria debían antes reponerse de las pérdidas sufridas, y los ciudadanos necesitaban reposar de su cansancio material. Desde el momento en que se tratase de hacer verdaderos sacrificios políticos, era preciso que ante todo se desterrase la indolencia que en la mayoría predominaba, y que los excelentes sentimientos, todavía abrigados por los atenienses, resucitasen con nuevas fuerzas. Era también necesario que se educase de un modo altamente patriótico á la nueva generacion, que se pusiese término á la política de las muchas palabras y de los pocos hechos, que se destruyese el indolente sistema político de Eubolos, que se reuniesen todas las fuerzas para librar una batalla decisiva, que se obtuviesen alianzas en Grecia, que se vigilase sistemáticamente la política de Macedonia, que se siguiesen los trabajos de esta, y que se conservase á toda costa la paz.

XI.—POLÍTICA DE DEMÓSTENES. LICURGO É HIPÉRIDES. ENEMIGOS DE DEMÓSTENES. ESQUINES. DEMADES. FOCION

La tarea que en este sentido se impuso Demóstenes fué verdaderamente admirable, logrando vencer la peor de las dificultades. Sin descender de una antigua familia eupátrida educada y considerada desde remotos tiempos en la política ática, hijo de sus propias obras, en el sentido mas noble de la palabra, y reducidos durante mucho tiempo su incansable actividad y su elevado talento político al solo apoyo de las extraordinarias dotes de su carácter y de su fogosa elocuencia, conquistóse y educó con solícitos cuidados el pueblo de Atenas, pudiendo decirse que se creó un público para él. Conseguido esto, fué posible formar un partido patriótico, que

debió su consistencia hasta sus últimos años á aquel hombre eminente, cuyo talento como hombre de Estado adquiría cada vez mayor desarrollo. El célebre orador supo desde un principio sacar á los indolentes de su molición y á los confiados de los errores en que estaban sumidos; aniquilar á los enemigos y traidores, conscientes é inconscientes; animar á los pusilánimes; fortalecer á los desconfiados; despertar, en tiempo y modo oportunos, el recuerdo del gran esplendor de su Estado; mostrar claramente los peligros que amenazaban la situacion general y desarrollar de una manera segura, sensata y práctica la política que era necesario poner en planta en Atenas. Demóstenes no era un idealista que soñara con lo pasado, ni un rudo agitador, ni un orador guerrero: el grande hombre de Estado solamente pretendía para su pueblo lo que era prácticamente posible conseguir; es decir, se proponía el cumplimiento de una serie de reformas necesarias y fáciles en la hacienda ática, en la escuadra y en el ejército, y además ansiaba levantar el espíritu de su pueblo que se hallaba hacia muchos años sumido en la mas indolente apatía, procurando establecer una igualdad, en sentido altamente nacional, entre los que por naturaleza eran aliados de Atenas.

Filipo, por su parte, deseaba conservar su fuerte, meditada y siempre creciente situacion, esquivando todas las relaciones inútiles, penetrando, sin embargo, impetuosamente allí donde lo consideraba necesario y donde podia ser mas peligroso para los altos intereses de Grecia y especialmente de Atenas. En ningún caso podia demorarse la defensa contra este poderoso enemigo, pues no debía esperarse á que amenazara inmediatamente los intereses de la Atica, ó las mismas fronteras del Estado ático.

Desde la catástrofe del año 346 consiguió Demóstenes ser el jefe de un partido activo que derribó el sistema entonces dominante y en cuyas filas militaban excelentes oficiales y muchos hombres de Estado que fueron un poderoso auxilio para el gran patriota hasta el fin de su carrera, es decir, hasta despues de la batalla de Queronea. De estos hombres, el mas importante era Licurgo, descendiente de la antigua familia de los Eteobutadas, perteneciente á la nobleza sacerdotal: ateniense de la antigua escuela, verídico, franco, de virtud austera, debía mostrar con el tiempo sus excepcionales dotes, principalmente en el terreno económico. Algo mas entrado en años que Demóstenes, y versado en la filosofía y en la retórica, era muy inferior á este en lo que se refería al arte oratoria. Hombre de mas hechos que palabras, sus discursos eran dictados mas por la convicción que por el arte; su ilustre personalidad, su honradez y su exactitud en el cumplimiento del deber, cualidades que despertaban hácia él tanto aprecio como temor, ennoblecían el asunto en que se ocupaba y el partido á que pertenecía. Demóstenes tenía otro auxiliar poderoso en el ardiente, brillante y agradable orador, y esclarecido jurisconsulto Hipérides, jóven que, educado al estilo de Licurgo y oriundo de una familia noble, se mostraba por un lado ateniense contemporáneo, es decir, aficionado á la vida de los goces y á los placeres del amor, y por otro se mostraba por su ardiente apasionamiento y por su agitada existencia como el poderoso aguijon del partido nacional.

La lucha que contra Filippo y el filipismo comenzaron en 346 con extraordinaria energía Demóstenes y los suyos, revistió un doble carácter. En el exterior era puramente defensiva, es decir, que se limitaron á fomentar y organizar en todos los lugares de la Grecia la resistencia contra la política macedónica. Demóstenes y sus amigos eran conocidos en Pella y en todos los lugares de la amenazada Grecia europea, como los jefes y adalides de una nueva política nacional helénica. Allí donde no se les oponían el oro macedónico ó una